

En la cálida tarde, el sol entraba lleno de polvo al humilde salón de la Parroquia. El Cura Párroco, Don Venancio Celedón se afanaba trabajando. Estaba solo, y la gente se acumulaba esperando. Con rapidez, fue despachando una confesión, una boleta de defunción, un bautismo. Respiró, aliviado. Podría salir temprano, a disfrutar las buenas perdices que había preparado Eudoxia. Al salir, vio, sentado en la antesala, al hombre grande de dientes amarillos a quien había confesado el día anterior. ¿Vendría a cambiar la penitencia? ¿A confesar otro pecado secreto? Don Venancio tuvo un sobresalto: ¿algo habría quedado mal o incompleto en sus consejos, en su misión de cura de almas? El hombre estaba absorto en la lectura de una revista; no eran muchas las que había en la mesa: Revista Mariana, El Mensajero del Corazón de Jesús . . . La luz de la tarde había bajado, y apenas alcanzaría a leer. Sin embargo, no levantó los ojos sino cuando el Padre Venancio lo interpelló:

—¿Qué le pasa? ¿Le queda alguna duda? ¿Hay algo que le moleste?

El hombre le miró, regresando de la otra penumbra de un mundo muy lejano.

—No, Padre; ayer, mientras le esperaba, empecé a leer un cuento en esta revista, y vine hoy para terminarlo. ¿Me permite?

El Padre Venancio quería salir, pero la cortesía se lo impidió. Le rogó que terminara. Se olvidó de encender la luz, notó luego, y no pudo explicarse cómo el desconocido había logrado, entre las sombras, terminar de leer. Mientras arreglaba unos breviarios, oyó la voz de despedida, el ruido de la puerta. Salió a la antesala y, todavía desplegada, encontró una revista. La tomó; no la recordaba, ni siquiera reconocía su título: "Más allá . . .". En la carátula aparecía una formación gaseosa, de estilo ectoplásmico, que revoloteaba en el espacio. Quién sabe quién la habría olvidado. La hojeó, dudosamente. En la sección llamada "Ultraficción", lo encontró: Se llamaba "Las Muertes Apócrifas". El cuento iba precedido de una nota sobre el autor:

"El Reverendo Padre Jerónimo Alameda, distinguido escritor, poco conocido para las nuevas generaciones, nació en Betulia (Santander), en el año de 1820. Después de cursar sus estudios eclesiásticos en París, y de ejercer durante algún tiempo en Europa el sagrado Ministerio, vino, siendo joven todavía, a la Nueva Granada, y se dedicó a su apostolado en el antiguo Estado Sobe-

rano de Santander. Siendo, como era, agudo escritor, no conoció las tentaciones de la publicidad, hasta el punto de que solamente dos o tres artículos suyos vieron la luz pública. Dejó, sin embargo, un considerable acervo de obras literarias (algunas de ellas en poesía satírica), y algunos trabajos de ficción que solamente se conocen entre los eruditos. Se ha pretendido producir una edición de sus obras, lo cual hasta el momento no ha sido posible, por encontrarse aún en estudio, en poder de personas relacionadas con sus familiares. De su papel en las guerras civiles pueden mencionarse algunos hechos memorables, que no es del caso traer a cuento en esta breve información. Un aspecto de gran interés dentro de su obra, es la exploración sobre la vida ultraterrena, y dentro de ella, sus búsquedas sobre este gran tema de las muertes apócrifas. Su técnica es la de establecer las muertes que debieron o merecieron tener los grandes personajes (o las que tuvieron en realidad, ocultas por el opulento ropaje de la historia). Así, para dar un ejemplo, la muerte de Holofernes, descabezado por Judith: parece ser (lo dice Hebbel), que esa muerte pudo deberse a que la viuda Judith era virgen, y el consiguiente esfuerzo realizado por Holofernes después de su considerable banquete, lo mató de apoplejía.

“Además de los textos que aquí se publican —continuaba la nota introductoria—, hay algunos que pueden, eventualmente, requerir más desarrollo, por sus implicaciones. Los dos últimos textos, como es natural por cuestión cronológica, no pertenecen al Padre Alameda, sino al Director de esta revista, quien, en el ánimo de continuar la importante exploración iniciada por el levita, ha adoptado el mismo procedimiento, para aplicarlo al examen de dos controvertidos personajes del siglo XX. Esta es la selección de tan meritoria obra, con las dos adiciones mencionadas, la cual juzgamos que podría dar origen a una especial escuela literaria:”

El texto era el siguiente:

CRISTOBAL COLON

... Cuando ya la “Santa María” iba hundiéndose, se aproximó a ella un bote, del cual saltó a la nave un hombre delgado de larga cabellera gris, el cual subió por la escalerilla y llegó al puente de mando.

Las órdenes del Almirante prolongaron por unas horas la lucha de la "Santa María" contra el temporal, pero ya la nave maltrecha comenzaba a hacer agua, y la fuerza del viento la empujaba, desarbolada como estaba, contra las rompientes. Finalmente se vio que los marineros iban abandonando la carabela en las chalupas de salvamento.

Contra la luz roja del atardecer siguió viéndose la silueta del Almirante, rígido en su puesto hasta que el agua lo fue cubriendo. Es fama en la Española que se le ve, en la proa del barco, en las tardes y noches de tempestad.

VASCO NUÑEZ DE BALBOA

... Cuando Balboa iba siguiendo a su perro "Leoncico", y se hallaba ya a escasos cien metros del mar, un indio emboscado le disparó una flecha envenenada que se coló por un intersticio de su yelmo y lo mató en el acto, por lo cual no pudo descubrir el océano Pacífico.

NAPOLEON

Los ingleses nunca permitieron que se filtrase nada distinto de la versión oficial. Muchos autores han investigado, y de los sospechosos documentos de Santa Elena no han logrado hacer luz distinta de las pistas ocurridas en diversos escritos contemporáneos. De manera que sobre la muerte del Emperador hemos podido coleccionar las siguientes versiones (que permanecen ahogadas por el cuantioso prestigio editorial anglo-norteamericano):

a) Napoleón se suicidó en Santa Elena, cuando sus carceleros resolvieron privarle totalmente de compañía femenina.

b) Fue asesinado por una amante celosa, residente en la Isla, (acaso Mme. de Montholon, cuando se dio cuenta de que empezaba a hacer objeto de sus atenciones a Mme. Bertrand).

c) Fue muerto cuando intentó evadirse, disfrazado de sacerdote, en un brick que llegó a Santa Elena enviado por una asociación secreta bonapartista de París.

d) La más hermosa de las muertes, y seguramente la que el Emperador habría deseado, es la que relata Caulaincourt, en un

texto casi desconocido: Cuando Napoleón llegó a la Malmaison (donde vio a la Walewska y a su hijo), una patrulla realista mató a los pocos coraceros que le hacían guardia. El Emperador se refugió con María y el niño en el bosque cercano, y presentó, solo, pelea a sus atacantes. Mientras luchaba con tres soldados (al parecer austríacos) a espada, y protegía con su cuerpo a la Condesa y a su hijo, llegó, por el flanco, un soldado robusto, parecido al que años después satisfizo, según relatan, los ardores de María Luisa; el austríaco propició al Emperador una estocada que le partió el corazón. Al girar sobre sí mismo, con el dolor de la herida, la espada de Bonaparte, aún empuñada, hizo una marca reconocible en la frente del soldado.

e) Se cuenta, igualmente, que falleció en brazos de una casual amante inglesa, que estuvo de paso en la isla y cuyo verdadero nombre se ignora; hay quienes sostienen, no obstante, que ella le asesinó en cumplimiento de un oscuro encargo de sus carceleros.

f) Se cuenta, igualmente, que murió en Santa Elena, afectado de cruel dolencia al hígado. Pero también en esto subsiste la duda de que hay quienes sostienen (con pruebas científicas, como el análisis de sus cabellos), que fue envenenado con arsénico.

No faltaría la poética hipótesis (napoleónica), de que todas las muertes son falsas, y que, en verdad, de ninguna de ellas pudo morir el Emperador, quien vive todavía, lo cual, extrañamente, parece comprobarse visitando, a ciertas horas de difuso sol, y en tarde brumosa de invierno, su tumba en los Inválidos.

LUCRECIA BORGIA

Después de la muerte de su esposo (no se sabe bien si Giannino Sforza o Alfonso de Aragón, al parecer apuñalado en una orgía en el Palazzo Santa María, versión bien diferente a la oficial, y según se dijo, por su propia consorte), la señora Borgia siguió durante algún tiempo llevando la vida desarreglada y turbulenta por la cual era famosa en Roma, y que le valía preocupadas amonestaciones de su padre, el Sumo Pontífice.

Nadie sabe el porqué, después de un riesgoso viaje a Padua, donde atendió un memorable convite orgiástico, tuvo a su regreso que sufrir los embates de una tempestad nocturna. Sus acompa-

nantes huyeron y ella debió buscar refugio en una choza abandonada, donde pasó sola la siniestra noche. Nunca refirió nada sobre esas horas nocturnas. Hay quien dice que en la misma choza se había refugiado un santo ermitaño, pero al día siguiente no se encontraron rastros de él, ni en treinta leguas a la redonda había ninguno que pudiese presumir de tal. Según otros, un siniestro bandido buscó amparo en la misma casa, y al encontrarla sola la violó.

El hecho es que desde aquel día, en el poco tiempo que le quedó de vida, Lucrecia empezó a frecuentar la oración y la penitencia, llegando a portar sobre su lisonjeada carne un cilicio inespado. Ayunos, flagelaciones, abstinencia carnal, deterioraron su cuerpo memorable, y en el húmedo invierno romano fue paulatinamente enfermándose, hasta que un día no pudo levantarse más. Reclinada cerca al balcón, rezaba, mirando resbalar el Tiber como si fuese su rosario. El Sumo Pontífice la visitaba, preocupado. Su confesor la oía todos los días. Dicen que tomaba amplias notas de sus largas confesiones, lo cual no excluye la posibilidad de la aparición sorpresiva de un libro de memorias de Lucrecia.

Hasta que un día, en el ascético lecho que había improvisado en una de las cámaras del Palacio, resolvió morir definitivamente, con el Cristo de sus dolores en las manos. El cadáver tuvo una belleza inmaterial y terrible. Contaban los criados que cuando dijo sus últimas palabras de contrición, una luz extraña inundó la habitación, y se oyeron músicas celestiales. Toda Roma murmuró que la gran pecadora había muerto en olor de santidad.

El Sumo Pontífice quiso iniciar el proceso de canonización; pero por su íntimo parentesco de consanguinidad, el Colegio de Cardenales opinó que era necesario aplazarlo. Después de la muerte de Alejandro, no se pudo reiniciar el proceso, porque había desaparecido.

MARIA ANTONIETA

Cuando María Antonieta fue absuelta por el Tribunal Revolucionario, ante la oferta del convencionista Dampierre de casarse con ella, mucha gente se regocijó, como se regocijaron después, al verla actuar como buena esposa de un buen revolucionario.

La luna de miel del matrimonio duró aproximadamente hasta 1791, época en la cual Dampierre empezó a notar inexplicables

ausencias de "Toinette", quien dejaba abandonado por horas al hijo que acababan de tener.

El convencionista se proveyó de unos agentes secretos, y la hizo seguir permanentemente. Así descubrió que se deslizaba a una pequeña buhardilla en el Faubourg Saint Antoine, en la cual recibía las visitas de un amante. Y, lo peor de todo, investigado el hombre resultó ser un aristócrata disfrazado.

Dampierre no dijo nada. Sobornó a la portera del edificio, y cuando María Antonieta estuvo reunida con su amante, la portera le abrió. Excusado es decir que Dampierre los encontró desnudos en la cama, y que de un solo golpe de espada los atravesó a los dos, dejándolos clavados a las tablas. La puerta permaneció abierta el resto del día, para castigo y escarmiento de la aristocracia.

EL MARQUES DE SADE

Contra los que hubieran deseado la muerte del marqués en un libidinoso acto sexual, ésta ocurrió así:

El 14 de julio de 1789, cuando virtualmente estalló la revolución y el pueblo se dirigió a tomar la Bastilla, el Marqués se encontraba prisionero en aquella cárcel. Al irrumpir los revolucionarios, fueron abriendo las puertas de los calabozos. Al llegar al del Marqués, lo encontraron cerrado por dentro. Es sabido que el alcaide de la prisión le había dado permiso de instalar un contundente cerrojo (así lo relata M. Jean Ferry), para no ser interrumpido cuando se dedicaba a escribir.

Al llegar los invasores encontraron la puerta cerrada, y a pesar del tremendo rugido de la revolución, la puerta no se abrió. Muy seguramente el señor Marqués se encontraba escribiendo un nuevo libro, que infortunadamente se perdió. El caso es que el Marqués no abrió la puerta de su celda. Los revolucionarios pensaron que allí podían haberse refugiado los monárquicos, y no insistieron más; al contrario, pusieron en práctica su propósito de destruir e incendiar la odiada fortaleza.

Al lado del cuerpo se encontraron, en una caja de latón, admirablemente preservados, los manuscritos tiempo atrás concluidos de "La filosofía en el tocador" y "Los 120 días de Sodoma".

SIMON BOLIVAR

El 27 de agosto de 1828, el Libertador Simón Bolívar se sentó en su silla presidencial. Venía de conversar con doña Manuela Sáenz, quien le había expresado sus profundos temores de golpes de Estado, de conspiraciones santanderistas, de malestares venezolanos. La convención de Ocaña, se paralizaba sobre la Constitución. El país se disolvía.

Con la pluma en la mano, Bolívar reflexionó largamente. Veía que solamente había un camino para poner coto a esta situación, y reempuñar las riendas con firmeza: el gobierno absoluto, la Dictadura. En otro tiempo, seguramente no lo habría hecho. Ahora penetraba mucho más en los secretos de la razón de Estado.

Sobre la mesa, reposaba ya el texto del Decreto que el ayudante le había preparado según sus instrucciones. Bolívar lo releyó, y humedeció la pluma para declararse dictador. Cuando trazaba su memorable rúbrica, una punzada en el pecho hizo que el movimiento de la mano prolongase trágicamente la línea. Bolívar cayó muerto sobre su decreto, el cual ahora debe conservarse, con su larga rúbrica, en el museo de la Quinta de Bolívar, en Santa Fe de Bogotá.

STENDHAL

Un día de 1830, fue ejecutado en la plaza principal de Grenoble el señor Julián Sorel, por su conocida tentativa de homicidio, relatada por M. Stendhal en "Le Rouge et le Noir".

Sólo después de su muerte revelaron las autoridades que el nombre de Sorel era el seudónimo literario de M. Henri Beyle, quien también usó provechosamente el ya mencionado nombre de pluma de Stendhal, y vivió algunos años en Italia, desempeñando cargos consulares.

LENIN ¹

Todos decíamos que el trabajo de Vladimir Illich era agotador. Cuando se supo que le había sobrevenido aquel fulminante

¹ Como se advirtió, este texto y el siguiente son escritos por el Director de la revista "Más Allá".

ataque cerebral, nos agolpamos, con el pueblo, en torno a la casa, a acompañarlo en su lucha con la muerte. Nevaba cruelmente a treinta grados bajo cero, pero nadie se movía.

Alguien salió al balcón, y dijo alguna cosa que no oímos.

Pronto pasaron la voz por toda la esplanada del Metropól: Lenin ha muerto. Trotsky lo sustituye.

Y fue así como, el mismo día del gigantesco entierro que llenó las calles heladas de Moscú, nos preparamos tristemente para el gobierno de Trotsky, y para despedirnos para siempre del Camarada Stalin.

LA MUERTE DE K.

(Nota bibliográfica sobre el libro "The Final Days", de Woodward y Bernstein, recientemente aparecido).

El doctor Henry Kissinger abandonó la sala de Lincoln, en la residencia privada del Presidente, después de haber orado con Nixon. Nixon había pronunciado su patética pregunta: "¿Me tratará la historia mejor que mis contemporáneos?". El doctor K. se estremeció, oyendo todavía los sollozos del Presidente. Cuando Nixon se arrodilló a rezar, K. no tuvo otra alternativa que arrodillarse también. "¿Qué he hecho? ¿Pueden cosas tan pequeñas acabar un Presidente?". K. había puesto su mano consoladora sobre el hombro de Nixon. "¿Qué hice? ¿Qué ocurrió?".

Cuando K. se incorporó, Nixon seguía sollozando, arrodillado. K. pensó que era mejor dejarle solo. Miró la vacía botella de "bourbon". Volvió la espalda, y salió.

Sobre su hombro derecho, se acurrucaba Metternich. De su bolsillo del pecho salía la memoria de Richelieu. En los bolsillos de la americana asomaban sus cabezas Bismarck y Monroe. Nunca K. se había sentido de tal modo desconcertado; ni aun en los más graves momentos del Medio Oriente, ni siquiera en los más agnizantes "pour-parler" de Moscú.

Se presentó ante sus ojos el informe de los hombres de la seguridad en la Casa Blanca, y vio a Nixon, como un nuevo fantasma, recorrer los corredores en un angustioso diálogo con los retratos de los Presidentes muertos. K. había presenciado dos entrevistas: con Teddy Roosevelt y con Taft. No quiso vigilar la secuencia dramática del examen de conciencia, ni llegar a los fantasmas de los que habrían podido ser presidentes. Los corredores

de la Casa Blanca estaban llenos de voces asordnadas; las de los empleados aparentemente fieles, y las de los feroces antecesores —Washington, Jefferson, Adams—, con voces cargadas de reproches, tanto más fuertes cuanto más tiempo había pasado entre ellos y el ajusticiado.

Oyó el último sollozo y cerró la puerta de la sala de Lincoln. Se dirigió a su oficina. Cuando timbró el teléfono, sabía que era el Presidente. Descolgó la bocina, y oyó aliviado, que su ayudante Eagleburguer levantaba también el teléfono. "Henry, no lo digas a nadie que lloré y que no tuve fortaleza". Eagleburguer cerró la comunicación. Metternich, acurrucado sobre el hombro derecho de Kissinger, callaba. En su hombro izquierdo, K. oyó la risa de Talleyrand.

Suspiró. Era demasiado, aguantar el mundo como colaborador de un Presidente que sollozaba. Miró los teléfonos intervenidos. Miró el gran planisferio con las zonas ajenas marcadas ofensivamente. K. pensó en escribir. Extendió el brazo izquierdo, para tomar el papel; un dolor agudo se inició en sus dedos, y fue trepando. El Secretario se quedó inmóvil, mirando, escuchando el fracaso de toda su política, el rumor de revoluciones de Chipre, las negras asonadas de Africa, los lamentos de los judíos muertos, los árabes ahogados en petróleo, la risa de Breshnev, el poema de Mao, la sorpresa de la existencia de América Latina, el Canal de Panamá inundado. Oyó suavemente, el suspiro de Metternich, la sardónica risa de Talleyrand, la metralla lionesa de Fouché, Pitt, Disraeli, Gladstone. A cada uno lo hubiera encontrado en los bolsillos de su chaleco inexistente. El dolor se hizo más profundo, algo estalló en lo íntimo de su pecho, y se desplomó sobre el inmenso escritorio, en una reverencia última ante el mapa del mundo. K. había muerto en medio de los brillos de su política, y con su muerte se llevaba todas las llaves: Las entrevistas con Sadat, la dureza de Rabin, la sonrisa irónica de Golda Meir, el Mar Rojo y el Mar Negro, las puertas del oriente. K. había fallecido en su puesto de combate.

Fue esto lo que dijo el Presidente Nixon en su discurso del funeral, en el cual pidió un velo de olvido sobre la controversia de Watergate, sobre todos los problemas internos, para contemplar, erguidamente, el problema mundial.

El Congreso Americano estuvo de acuerdo, con una salvedad sobre Chile propuesta por el Senador Kennedy. Se dijo que con

la muerte del Secretario heroico comenzarían los mil años de paz que esperaba la humanidad desde el Apocalipsis ².

* * *

Cuando el Padre Venancio levantó los ojos, había oscurecido completamente. Se maravilló de haber podido leer con el solo reflejo de las luces de la calle. Dejó la revista, y salió por la ronda de la iglesia, entre la noche clara. Se devolvió luego, desde la sacristía, a buscar la revista para llevarla y leerla nuevamente esa noche, pero no la encontró, posiblemente porque no recordó dónde la había puesto.

Bogotá, mayo 2 de 1976.

² Las frases de Nixon pertenecen al libro reseñado. Una declaración clandestina de Patricia Hearst no pudo incluirse, por no poseerse un texto fidedigno.